

vas. El predicador había callado. Echando de ver su golpe mortal, cortó el sermón, se caló la capilla, bajó del púlpito y desapareció. No há mucho de esto, un periódico de Nápoles nos puso al corriente de su paradero: el jueves, decía, predicará en San Javier el reverendo padre Juan acerca de las vanidades del mundo. Roma está palpitando aún a la palabra de este insigne orador, etc. etc. La misma tarde un diario de la ciudad eterna daba esta noticia: «Hoy a las cinco de la mañana falleció la señora condesa Fedelina Mardinoff, noble dama rusa que andaba viajando por Italia. No ha podido recobrase de la accesión que sufrió en San Juan martir, y ha muerto en el seno de Nuestra Santa Madre Iglesia.»

JUAN MONTALVO

A MI MADRE

En medio al corazón guardo cual prenda
De un destino mejor tu imagen pura,
Que es luz y amor para la ingrata senda
Y esperanza de célica ventura.

Ella me habla de ti; de aquellas horas
En que todo era lumbre en mi camino,
Y las espinas crueles, punzadoras
No surcaban mi faz de peregrino.

Me dice que tu amor como un torrente
Aumenta más y más en la distancia;
Que tu santo recuerdo entre mi mente
Lleva como las flores la fragancia.

Sí, madre: el corazón que abandonaste
Aún guarda de tu amor el embeleso,
Pues conserva el calor que le dejaste
Al darle, ya al partir, tu último beso.